

Momentos

MARÍA CRISTINA RESTREPO

La fotografía fue tomada por un aficionado, tal vez un amigo. Las dos figuras están corridas hacia la izquierda. El pie desnudo del joven tendido de medio lado al borde de la piscina, se pierde en el marco de madera. Se sostiene sobre el brazo izquierdo mientras sonríe, dejando ver una hilera de dientes blancos, con los incisivos ligeramente puntiagudos. Sin duda ríe de algo que acaba de decirle el fotógrafo, un amigo que no pasará de los veinticinco años, como él.

Es delgado y a pesar de la posición sobre los baldosines blancos, se aprecia que es alto. Tiene el pelo negro, las patillas recortadas a mitad de la oreja, la nariz prominente. Viste una camiseta de punto color arena, un pantalón café. Ha elegido con cuidado las prendas, a pesar de la informalidad de la ocasión. Su rostro, que tiene un aire semita, es alegre, con una chispa maliciosa en la mirada. El espectador tiene la impresión de que en cualquier momento dará a conocer el motivo de su sonrisa.

Con el brazo derecho rodea el cuerpo de una niña de poco más de un año. Tiene el pelo también negro, sujeto a un lado de la frente por una hebilla blanca. De la pequeña se ve el torso, cubierto con una blusa color rosa pálido, sin duda descolorida por el tiempo, como pasa con las fotografías viejas. Viste unos pantalones claros remangados hasta las rodillas. La cabeza está vuelta de medio lado, se lleva un dedo al mentón. Al contrario de quien parece ser su padre, no tiene motivos para sonreír, pues observa algo con una atención que ignora lo demás.

Pronto mirará al fotógrafo que ha dicho algo gracioso, tal vez a la madre que se encuentra allí cerca con una toalla en la mano, temerosa, a pesar de la recomendación que ha hecho de sujetar con firmeza a la niña, de quien se adivina que mete los pies en la alberca.

El agua es verde, con ondas, como si alguien acabara de moverla, un nadador oculto en el ángulo que no se ve. La luz refulge en ella con grandes manchas blancas, más precisas junto al lugar donde se encuentran el joven y su hija. Las flores del jardín están iluminadas por una luz sólida, propia del sol de mediodía, la hierba parece reseca.

El padre que goza de ese momento de alegría, será un profesional acabado de graduarse. Se desempeñará en un primer empleo, indispensable para mantener a la madre y a la niña. Un abogado, un médico, un arquitecto. Quizás un ingeniero de la Escuela de Minas, no son tantas las carreras profesionales en ese momento, casi setenta años atrás. Las condiciones del agua en la alberca, que carece de filtros para limpiarla de impurezas, el estado de la fotografía, permiten adivinar los años transcurridos.

La piscina, a la que se llega por una escalinata de piedra, se encuentra en un lugar campestre en las afueras de Medellín. San Antonio de Prado, La Estrella, El Poblado, Envigado. Pertenece a una casa con un espacioso jardín y una vivienda de paredes encaladas, ventanas de celosías de madera pintadas de verde. Tal vez haya un establo con dos o tres vacas que den leche para el consumo diario, el cobertizo del jardinero estará detrás del seto. ¿Todo aquello le pertenece al joven que sostiene a la niña? ¿Al fotógrafo que lo ha hecho reír? ¿A los padres del uno o del otro?

Se adivina que además de la madre vigilante, hay otras personas a su alrededor. Algunos compañeros de trabajo, amigos de la universidad, personas mayores sentadas a la sombra en un árbol, o que esperan el regreso de los jóvenes en el corredor de la casa, lejos de la resolana, tomándose un aperitivo, comentando las últimas noticias políticas. Estará también una hermana, hermosa y amada en silencio por el fotógrafo, pues ha sido rechazado, algo que le cuesta aceptar. No la vemos, pero la abuela materna de la niña, con el pelo blanco recogido en una moña, vestida con un sastre de color claro, los ojos azules pendientes de cada detalle, está junto al borde de la piscina. También ella le teme a un accidente y por eso se ha acercado, lo mismo que su hija, quien aún no sabe que está embarazada por segunda vez.

Acaban de llamar a almorzar. La mesa estará dispuesta en el corredor, frente a un prado que desciende hasta la escalinata de piedra negra, rugosa. El hombre joven deberá entregarle la niña a la madre, recoger la prenda que está en el suelo a su lado, tal vez una bolsa. No puede olvidar los zapatos.

La segunda fotografía llama la atención por los tonos azules que llenan casi la totalidad del espacio. La parte superior está ocupada por un cielo alto, con algunas nubes rizadas, como puestas allí para romper la monotonía del fondo color turquesa. En la línea del horizonte hay una franja oscura, irregular. Es fácil adivinar que se trata del paraje selvático que bordea un río en cuyas aguas se refleja de manera idéntica el color del cielo, entrecortado por el sol que cae en barras doradas sobre la corriente.

Aparece de nuevo el personaje de la fotografía anterior. Está sentado sobre un tablón de madera, en una canoa. Sujeta con ambas manos un remo, como si estuviera a punto de alejarse de la orilla. Pese a tener el rostro cubierto a medias por una gorra blanca, se ve que vuelve a sonreír. Parece hablar con un grupo de personas que lo miran desde la orilla, junto al agua que en ese punto es turbia, pues permite ver el limo. La espalda es más ancha, ha perdido el aire juvenil de la primera fotografía. Su cuerpo es el de un hombre que se acerca a la madurez. Viste una camisa verde clara, lleva una pantaloneta blanca con rayas del mismo color. Es vanidoso, pues hasta en medio de un paraje selvático, cuida de su apariencia. Luce en la muñeca izquierda un reloj plateado y lleva colgada al cuello una cámara fotográfica. Podría adivinarse que es aficionado a la naturaleza, a la pesca, a la fotografía, que es amante de los deportes acuáticos. Sin duda va en busca de nuevos parajes para retratar. Tendrá en su casa las imágenes que más le gustan, adornando las paredes de la sala, del estudio. Paisajes, rostros de las personas que habitan aquellos remotos lugares, pescadores, mujeres que tejen canastos.

En el tablón frente a él aparecen dos niños, el uno al lado del otro, con los hombros juntos, la mirada fija en el rostro del hombre, la piel tensa sobre los huesos de las rodillas desnudas. Tendrán unos diez y once años. El menor tiene el pelo negro echado sobre la frente, la nariz larga como la del hombre con el remo, las mejillas llenas. Lleva en la mano un objeto que no alcanza a distinguirse, un juguete, una pequeña brújula, un carrete para pescar. Las varas con los anzuelos estarán en el otro extremo de la canoa. El niño mayor tiene el pelo claro, peinado con una raya al lado derecho. Parece aburrido, como si estuviera allí por deber o se sintiera abrumado por el calor, como si temiera la travesía que van a efectuar.

Entre el remero y los niños, en el fondo de la canoa, hay un trozo de lona doblada, un haz de leña sujeto por una cabuya. Sobre la leña se posa una guacamaya de plumas rojas y azules, el pico amarillo, el único ojo que se ve, un punto negro. Puede suponerse que el ave fue capturada en la selva circundante, que terminará sus días adornando el jardín de alguna casa campestre en la ciudad, lejos de su entorno natural. No volverá a volar sobre las selvas, ni a posarse sobre las ramas de algún árbol centenario. Un hecho que hoy pasaría por ecológicamente incorrecto. Algo semejante sucede con los niños. No llevan un flotador que les permita nadar en caso

de un accidente. Pero nadie, ni siquiera el pequeño de pelo rubio con su expresión de fatiga, piensa que tal cosa pueda ocurrir.

Si son hijos del hombre con el remo, puede imaginarse que sean hermanos de la niña de la primera fotografía. Será mayor que ellos. En ese momento bordeará los quince años y estará tan embebida en su mundo adolescente, que no pensará en la aventura que corren su padre y sus hermanos en el San Jorge, en el Cauca. Es poco probable que comparta con ellos el gusto por esta clase de excursiones. Su amor por la naturaleza estará limitado a intercambiar confidencias con una amiga en los cuidados jardines de un barrio en la periferia de Medellín, quizás sola, leyendo una novela, viendo correr las nubes en el cielo. De ninguna manera quisiera ir de pesca, ni navegar en una precaria embarcación, con su padre haciendo las veces de remero.

Esta vez lo vemos en el centro de un nutrido grupo familiar. El pelo canoso, la frente más amplia, la mirada fija al frente, con una expresión entre irónica y dubitativa. Viste un traje oscuro, una camisa blanca, lleva una corbata negra con rayas claras. A su derecha vemos a una mujer alta, espigada, con un traje negro también, que le llega a los tobillos. Es rubia, tiene unas facciones delicadas. Su rostro aparece de perfil pues se ha vuelto para decirle algo a una jovencita de pelo rojizo que le cae por debajo de los hombros. Puede ser su nieta. Tiene una belleza distinta, pero tan contundente como la de la abuela.

A la derecha del hombre hay dos mujeres. La más cercana, que lo toma del brazo, es una rubia peinada con un flequillo cubriéndole la frente, vestida con un traje rojo y una bufanda de seda de un tono más oscuro. Su boca pintada ríe de manera estudiada, como se hace cuando se posa para una fotografía de circunstancia. El grupo, compuesto en su mayoría por hombres y mujeres entre los treinta y los cuarenta y cinco años, se ha reunido en la escalinata de lo que parece ser una sala de recepciones.

Llaman la atención tres jovencitas de minifalda, en un abierto desafío a las mayores, que van de traje largo. El menor de los hombres tiene el pelo hasta los hombros y luce incómodo en un traje de corbata que no acostumbra a usar, seguramente prestado. Es evidente que se trata de la familia del hombre de las anteriores fotografías, reunida para alguna ocasión importante. Personas que, por su apariencia, por el aplomo con el que esperan a que el fotógrafo termine, hablan no solo de sí mismas, sino de su avance por el mundo, hacia la realización de sus ambiciones.

Puede tratarse de la boda de la mujer de pelo negro en el centro de la imagen, acompañada de quien parece ser un extranjero. De ser así, será un segundo matrimonio, pues ella no lleva el imprescindible vestido

blanco ni el velo sujeto con una corona de azahares. Tal vez la expresión del hombre que aparece en todas las fotografías se deba a las dudas que alberga frente a esta relación que introduce a un desconocido entre los suyos, para empeorar las cosas un ser de otras latitudes, algo que no es corriente, ni completamente aceptable, en su círculo.

La joven del pelo rojizo al lado de su esposa, tiene un indudable parecido con la novia en el centro de la foto. El mismo óvalo de la cara, los ojos separados en la frente, las cejas altas. Puede tratarse de la hija que asiste a la boda de su madre, junto con su hermano, que será el muchacho de pelo cortado al rape, como si acabara de prestar servicio militar, anteojos de marco redondo y piel tostada por el sol, situado en el extremo derecho de la fotografía, al lado de quien tiempo atrás pudo haber sido uno de los niños de la canoa.

Una familia numerosa, sofisticada, más no unida. Hay una cierta rigidez en cada uno, una especie de lejanía que los envuelve en una coraza invisible pero efectiva. Detrás de las sonrisas, de las formas convencionales, se adivina una individualidad excluyente. Quizás el padre no haya alentado la unión entre sus hijos, quizás sean naturalmente distantes. ¿Habría visto su alma reflejada en los ojos de alguno de ellos? ¿Se sentirá orgulloso de sus triunfos, de sus logros profesionales? ¿O experimentará los celos tan comunes en los padres que envejecen, ante el vigor, las realizaciones, la independencia de los hijos?

En la última fotografía vemos los mismos ojos negros aunque velados, la mirada aguda, el gesto irónico de la boca. Ha perdido la mayor parte del pelo. El que le queda es blanco, sedoso, con un toque del antiguo color oscuro en las sienes. Tiene la frente, las mejillas, la nariz, incluso las orejas, salpicadas de manchas de sol, sin duda el resultado de la pesca, la caza, del gusto por los parajes agrestes, por el mar. Apoya el brazo derecho en el espaldar de la poltrona. La mano en la que luce una argolla de matrimonio cuelga frente al lente despiadado de la cámara. La piel casi transparente, manchada también, permite ver los huesos de la mano, los tendones, las venas azules.

Ya no viste ni las casuales prendas de los días de campo, ni el correcto traje y corbata, el atuendo habitual en la ciudad. Lleva una camisa de algodón roja con botones blancos, un suéter negro de cuello en v. Tal vez siente el frío que aflige a los viejos aún en días calurosos, quizás la fotografía haya sido tomada en una tarde de lluvia. Se encuentra en compañía del fotógrafo, aunque no parece haber nadie más. Nada lo asegura, pero se tiene la impresión de que responde a una entrevista. Una última conversación con alguien que lo conoce de tiempo atrás, quizás

un primo hermano, aunque menor que él, de la edad de sus hijos, que quiere guardar un registro de sus últimos días.

Detrás del hombre hay un estante con libros. Algunos de derecho, un libro sobre aves colombianas, otro sobre orquídeas, lo que parece ser la *Historia de Antioquia* de Manuel Uribe Ángel. Como adorno, la fotografía de una niña de pelo rojizo en un columpio, junto a una figura de barro precolombina. Ahora sabemos que era abogado.

El espectro de la muerte está reflejado en su rostro. La espera con decisión, con orgullo. Ya no le teme. Vive las últimas semanas sin lamentarse, sin despertar la compasión de nadie, ni dar a entender lo enfermo que está. Se sienta erguido en el asiento, habla pausadamente para conservar el aire, en su mirada inteligente se adivina que busca una respuesta a la pregunta que acaba de formularle el fotógrafo. La piel del rostro tiene ese color entre amarillo y ceniciento de las personas que mueren. En la mejilla izquierda se ve la marca que ha dejado el elástico que sostiene la mascarilla del oxígeno. Acaba de quitársela para responder a las inquietudes del primo, permitiéndole hacer este retrato que será el final, aunque habría preferido que lo dejara solo, con tantas cosas como tiene para recordar. Pero ha sido incapaz de negarse. En el fondo agradece el rato de compañía, ahora que la mayoría de los amigos se han ido, que los hijos viven sus vidas, atareados hasta el punto de no tener tiempo para él, salvo un par de horas durante los fines de semana.

Cuando el fotógrafo se haya marchado caminará con paso vacilante hasta su habitación. Antes de tenderse en la cama para recuperar la respiración volverá a ponerse la mascarilla, revisará la pipeta de oxígeno que tiene al lado de la cama, cerrará los ojos hasta que le anuncien que es la hora de cenar. ■

MARÍA CRISTINA RESTREPO (COLOMBIA)

Es profesora universitaria, licenciada en Filosofía y Letras y Educación, tiene estudios en Lenguas Modernas, Historia del Arte y de la Civilización. Ha escrito ensayos, crónicas, novelas y cuentos. Entre sus obras publicadas están: *El miedo, crónica de un cáncer* (2010) y *Lo que nunca se sabrá* (2011). Es colaboradora de distintas revistas del país.

